

## >> CAPÍTULO 2

# EL DIOS QUE SE INCLINA

En esto sabremos que somos de la verdad, y nos sentiremos seguros delante de él:  
que aunque nuestro corazón nos condene, Dios es más grande que nuestro  
corazón y lo sabe todo.

—1 JUAN 3.19–20 NVI

Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los  
corazones de mala conciencia.

—HEBREOS 10.22

¡Qué gran Dios es aquel que Dios entrega!

—AGUSTÍN

Gracia es Dios amando, Dios inclinándose, Dios llegando al rescate, Dios  
dándose generosamente en Jesucristo y a través de Jesucristo.

—JOHN STOTT

>> EN LA PRESENCIA DE DIOS,  
EN DESAFÍO A SATANÁS,  
JESUCRISTO SE LEVANTA  
EN NUESTRA DEFENSA.

Las voces la sacaron de la cama.

—¡Levántate, ramera!

—¿Qué clase de mujer crees que eres?

Los sacerdotes abrieron de golpe la puerta del dormitorio, descorrieron las cortinas y quitaron las cobijas. Antes de poder sentir la calidez del sol matutino, ella sintió la vehemencia del desdén de ellos.

—¡Qué vergüenza!

—Patética.

—¡Repugnante!

Apenas tuvo tiempo para cubrirse el cuerpo antes de que la hicieran marchar por las estrechas calles. Perros ladraban. Gallos salían corriendo. Mujeres se asomaban a las ventanas. Madres sacaban del camino a sus hijos. Mercaderes miraban por las puertas de sus tiendas. Jerusalén se convirtió en un jurado que entregaba su veredicto con miradas y brazos cruzados.

Y como si la incursión al dormitorio y el desfile de vergüenza no hubieran bastado, los hombres la metieron violentamente en medio de una clase bíblica matutina.

Y por la mañana [Jesús] volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba. Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron:

Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? (Juan 8.2–5).

Los asombrados estudiantes quedaron a un lado de la pecadora. Los acusadores religiosos en el otro. Todos tenían sus preguntas y convicciones; ella arrastraba la estropeada bata casera y tenía corrido el lápiz labial. Los acusadores alardeaban: «Esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo del adulterio». Agarrada en el *mismo* acto. En el momento. En los brazos. En la pasión. Atrapada en el mismo acto por parte del Concilio de Jerusalén sobre Decencia y Conducta. «En la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?»

La mujer no tenía salida. ¿Negar la acusación? La habían atrapado. ¿Pedir clemencia? ¿De quién? ¿De Dios? Los interlocutores de Jesús estaban agarrando piedras y haciendo muecas. Nadie la defendería.

Pero alguien se inclinaría por ella.

«Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo» (v. 6). Habríamos esperado que se pusiera de pie, que diera un paso adelante, o incluso que subiera por una escalinata y hablara. Pero en vez de eso se inclinó. Descendió más abajo que todos los demás: los sacerdotes y el pueblo, y hasta la misma mujer. Los acusadores bajaron la mirada sobre ella. Para ver a Jesús debieron mirar aun más abajo.

Él tiene la tendencia a inclinarse. Se agachó para lavar pies, para abrazar a niños. Se inclinó para sacar a Pedro del agua, y para orar en el huerto. Se inclinó ante el madero romano contra el que lo flagelaron. Se agachó para cargar la cruz. La gracia tiene que ver con un Dios que se inclina. Aquí se inclinó para escribir en la tierra.

¿Recuerda la primera ocasión en que los dedos de Jesús tocaron suciedad? Tomó tierra del suelo y formó a Adán. Ahora, mientras tocaba la tierra cocida por el sol al lado de la mujer de la historia, Jesús podría haber revivido el momento de la creación, recordándose de dónde venimos. Los seres humanos terrenales somos propensos a hacer cosas terrenales. Tal vez Jesús escribió en el suelo para su propio beneficio.

¿O para el de ella? ¿Para qué los ojos abiertos se desviarán de la mujer ligera de ropas y recién atrapada que se hallaba en el centro del círculo?

El pelotón se impacientó con el silencioso e inclinado Jesús. «Como insistieran en preguntarle, se enderezó» (v. 7).

El Maestro se irguió por completo hasta que los hombros le quedaron derechos y la cabeza elevada. Se irguió, no para predicar, porque sus palabras serían pocas. No por mucho tiempo, porque pronto volvería a agacharse. No para instruir a sus seguidores, pues no se dirigía a ellos. Se inclinó a favor de la mujer. Se colocó entre ella y la turba enardecida: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra» (vv. 7–8).

Quienes insultaban cerraron la boca. Las piedras fueron cayendo al suelo. Jesús volvió a garabatear. «Ellos, al oír esto, acusados por sus conciencias, salieron uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio» (v. 9).

Cristo no había terminado. Se puso de pie una última vez y preguntó a la adúltera: «¿Dónde están los que te acusaban?» (v. 10).

Vaya, vaya, vaya. Qué pregunta, no solo para ella sino para nosotros, en quienes también se despiertan voces de condenación.

—No eres suficientemente bueno.

—Nunca mejorarás.

—Fallaste... de nuevo.

Las voces en nuestro mundo.

¡Y las voces en nuestras cabezas! ¿Quién es este patrullero de la moral que emite una citación a cada desliz? ¿Quién nos recuerda toda equivocación? ¿Se callará alguna vez?

No. Porque Satanás nunca se calla. El apóstol Juan lo llamó acusador: «Fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo... porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche» (Apocalipsis 12.9–10).

Día tras día, hora tras hora. Incesante e incansable. El acusador hace de la acusación una profesión. A diferencia de la convicción del Espíritu Santo, la condenación de Satanás no produce arrepentimiento o determinación sino solamente remordimiento, y su objetivo es «hurtar y matar y destruir» (Juan 10.10). Hurtar nuestra paz, matar nuestros sueños, y destruir nuestro futuro. Él ha nombrado como ayudantes a una horda de elocuentes demonios, y recluta personas para divulgar el veneno satánico. Amigos sacan a relucir nuestro pasado. Predicadores proclaman toda culpa y nada de gracia. Y los padres, ah, nuestros padres. Poseen una agencia de viajes que se especializa en viajes de culpa. La distribuyen veinticuatro horas al día. Hasta en nuestra edad adulta podemos aún oírles las voces: «¿Por qué no consigues crecer?» «¿Cuándo me vas a hacer sentir orgulloso?»

Condenación... el producto preferido de Satanás. Repetirá el escenario de la mujer adúltera tan a menudo como se lo permitamos, haciéndonos marchar por las calles de la ciudad y arrastrando nuestro nombre por el barro. Nos empuja al centro de la multitud y vocea nuestro pecado:

Esta persona fue sorprendida en el acto de inmoralidad...

estupidez... deshonestidad... irresponsabilidad.

Pero Satanás no tendrá la última palabra. Jesús ha actuado a nuestro favor.

Jesús se inclinó. Tanto como para yacer en un pesebre, trabajar en una carpintería, y dormir en una barca de pesca. Tanto como para codearse con ladrones y leprosos. Tanto como para que lo escupieran, abofetearan y

clavaran, y para que lo traspasaran con una lanza. Muy abajo. Tanto como para ser sepultado.

Y luego se levantó. Por sobre la losa de los muertos. Se irguió sobre la tumba de José y exactamente frente al rostro de Satanás. Alto. A gran altura. Se enderezó a favor de la mujer y silenció a sus acusadores, y hoy hace lo mismo por nosotros.

Jesús es «el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Romanos 8.34). Dejemos que esto se asimile por un instante. En la presencia de Dios, en desafío a Satanás, Jesucristo se levanta en nuestra defensa. Asume el papel de un sacerdote. «Teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia» (Hebreos 10.21–22).

Una conciencia nítida. Un expediente limpio. Un corazón sincero. Libres de acusación. Libres de condenación. No solo por nuestras equivocaciones pasadas sino por las futuras.

«[Jesús] puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (Hebreos 7.25). Cristo ofrece intercesión sin fin a nuestro favor.

Jesús triunfa sobre la culpabilidad del diablo con palabras de gracia.

Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. (Efesios 2.5–10)

He aquí el fruto de la gracia: salvados por Dios, resucitados por Dios, sentados con Dios. Dotados, equipados y comisionados. Adiós a las condenaciones terrenales: *Estúpido. Improductivo. Torpe. Charlatán. Perdedor. Miserable.* Ya no más. Tú eres quien él dice que eres: *Espiritualmente vivo. Celestialmente posicionado. Relacionado con Dios. Una*

*valla publicitaria de misericordia. Un hijo honrado.* A esto se le llama gracia: «Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Romanos 5.20).

Satanás queda sin habla y sin municiones.

«¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Romanos 8.33–34). Las acusaciones de Satanás se ahogan y hunden como un globo desinflado.

¿Por qué entonces, decime por favor, aún oímos tales acusaciones? ¿Por qué ahora como cristianos, aún sentimos culpabilidad?

No toda culpa es mala. Dios usa dosis adecuadas de ella para alertarnos en cuanto al pecado. Sabemos que la culpabilidad es dada por él cuando causa «indignación... temor... anhelo... preocupación... disposición para ver que se haga justicia» (2 Corintios 7.11 NVI). La culpabilidad causada por el Señor produce suficiente arrepentimiento para cambiarnos.

La culpa causada por Satanás, por otro lado, produce suficiente remordimiento para esclavizarnos. No permitas que él cierre sus ataduras en ti.

Recuerda que «su vida está escondida con Cristo en Dios» (Colosenses 3.3 NVI). Cuando él te mira, primero ve a Jesús. En el lenguaje chino la palabra para *justicia* es una combinación de dos caracteres: la figura de un cordero y la de una persona. El cordero está en lo alto, cubriendo a la persona. Siempre que el Señor te mira, esto es lo que ve: al perfecto Cordero de Dios cubriéndote. Todo se reduce a esta alternativa: ¿Confías en tu abogado o en tu acusador?

Tu respuesta tiene serias consecuencias. Las tuvo para Jean Valjean. Víctor Hugo nos presenta a este personaje en el clásico *Los miserables*. Valjean entra a las páginas del libro como un vagabundo; como un prisionero de mediana edad, recién liberado, usando pantalones raídos y chaqueta hecha jirones. Diecinueve años en una prisión francesa lo han vuelto rudo y audaz. El hombre ha caminado durante cuatro días en medio del frío de los Alpes del siglo diecinueve al sudeste de Francia, solo para descubrir que en ninguna posada lo reciben y que en ningún mesón le dan de comer. Finalmente toca a la puerta de la casa de un obispo.

Monseñor Myriel tiene setenta y cinco años de edad. Igual que Valjean, el religioso ha perdido mucho. La revolución se ha llevado todos los objetos de valor de su familia, menos algunos cubiertos de plata, un cucharón de sopa, y

dos candeleros, también de plata. Valjean le cuenta su historia y espera que el religioso lo rechace. Pero el obispo es amable y le pide al visitante que se siente cerca de la chimenea.

—No tienes que decirme quién fuiste —le explica—. Esta no es mi casa... es la casa de Jesucristo.<sup>1</sup>

Después, el obispo lleva al ex presidiario a la mesa, donde ambos cenan sopa y pan, higos y queso con vino, usando los finos cubiertos de plata del religioso.

El anfitrión le muestra a Valjean una alcoba. A pesar de la comodidad, el ex prisionero no puede dormir. Pese a la amabilidad del obispo, el hombre no puede resistir la tentación. Introduce los artículos de plata en su mochila. El sacerdote duerme durante el robo, y Valjean huye al abrigo de la noche.

Pero no llega lejos. La policía lo captura y lo lleva de vuelta a la casa del obispo. Valjean sabe lo que significa su captura: prisión por el resto de su vida. Pero entonces ocurre algo maravilloso. Antes de que el policía pueda explicar el crimen, el obispo da un paso adelante.

—¡Ah! ¡Aquí estás! Me alegra verte otra vez. ¡No puedo creer que hayas olvidado los candeleros! También están hechos de plata pura... Por favor, llévatelos junto con los tenedores y las cucharas que te regalé.

Valjean está asombrado. El obispo despidió a los policías y se vuelve hacia el vagabundo.

—Jean Valjean, hermano mío, ya no le perteneces al mal sino al bien —le dice—. He comprado tu alma. Quité de ella los pensamientos y las acciones malvadas así como el espíritu del infierno, y se la entregué a Dios.<sup>2</sup>

Valjean tiene una alternativa: creerle al sacerdote o creer a su pasado personal. Le cree al cura. Se convierte en alcalde de un pequeño pueblo. Construye una fábrica y da trabajo a los pobres. Se apiada de una madre moribunda, a quien le cría la hija.

La gracia cambió a Valjean. Deja que la gracia también te cambie a ti. No hagas caso a la voz de Satanás. Tú tienes «abogado... para con el Padre» (1 Juan 2.1). Como abogado tuyo, él te defiende y declara a tu favor: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8.1). ¡Entiende eso, Satanás!

¿No fue ese el mensaje de Jesús para la mujer de nuestra historia?

«¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?

Ella dijo: Ninguno, Señor.

Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más». (Juan 8.10–11)

A los pocos minutos el patio quedó vacío. Jesús, la mujer, los acusadores... todos salieron. Pero quedémonos nosotros. Miremos las piedras en el suelo, abandonadas y sin haber sido usadas. Y veamos los garabatos en la tierra. Este es el único sermón que Jesús escribiera alguna vez. Aunque no conocemos las palabras, me estoy preguntando si se parecían a estas:

*Aquí obró la gracia.*